WRECKITECTURE
(ARQUITECTURA DEL DESASTRE)

GEORGE STOLZ

«Cuando analizamos la perversidad de la naturaleza humana, manifestada sin ambages en las descontroladas relaciones entre los Estados… no puede por menos que extrañarnos que la palabra "derecho" aún no haya sido eliminada de las políticas de guerra.»

Immanuel Kant, *La paz perpetua.*

«Comoquiera que se haya calificado la voz de la conciencia, no puede decirse que sea "silenciosa".»

Hannah Arendt, *La vida del espíritu.*

1947 fue un año memorable en la historia del mundo. Se dividió el mandato inglés de Palestina, allanando *de facto* el camino para la formación del Estado judío de Israel. Fue promulgada la partición de India y Pakistán. Se fundó en Estados Unidos la Central Intelligence Agency. Vieron la luz el horno microondas y la cámara instantánea Polaroid. Nació el fusil de asalto Avtomat Kalashnikova –más conocido como AK– 47 (el «47» del nombre hace referencia al año inicial de la fabricación del arma). La Universidad de Cambridge admitió a mujeres en sus aulas por primera vez. Jackie Robinson, de los Brooklyn Dodgers, se convirtió en el primer jugador negro de una liga oficial de béisbol. Se instauró e implementó el Plan Marshall, al tiempo que iniciaba su andadura el Fondo Monetario Internacional. Se descubrieron los Manuscritos del Mar Muerto en una serie de grutas de la costa noroeste de este mar. Un solitario piloto norteamericano comunicó el primer avistamiento de platillos volantes, junto a las montañas Rocosas, en una tarde serena y despejada. Hungría sufrió la ocupación de la URSS, se proclamó la Doctrina Truman y comenzó la guerra fría en toda su magnitud.

Aquel 1947 fue también el año en el que se deslindaron los terrenos para la construcción del centro de las Naciones Unidas en el corazón de Manhattan. La organización de las Naciones Unidas ya existía: su carta fundacional había sido debidamente firmada, se había constituido un consejo permanente y, de manera itinerante y esporádica, se convocaba la asamblea general. Pero le faltaba una sede estable, un centro de operaciones que pudiera considerar propio y, sin esa estabilidad, sin ese compromiso manifestado arquitectónicamente, sin contar con un obstáculo concreto al desmantelamiento y la desmembración, el endeble concepto subyacente a toda aquella empresa idealista seguía estando peligrosamente cerca de quedar tan sólo en el «dulce sueño» que había sido desde que Kant hiciera un encarecido llamamiento a la creación de una alianza o «sociedad de naciones» en su peculiar ensayo de 1795 «La paz perpetua: un apunte filosófico».

La «paz perpetua» del título kantiano es en realidad una broma que, además, cabría calificar de macabra: corresponde a la inscripción de la enseña de una hostería holandesa, enseña en la que, sobre la leyenda aparentemente feliz, aparece la imagen de un cementerio –aquí, ciertamente, la que ríe la última es la tumba. No obstante, pese a tal pesimismo, Kant se atreve a esbozar los principios estructurales útiles en los que debe fundamentarse la citada paz (y la sociedad de naciones misma), sin olvidar una evaluación sumamente realista del «coste de la paz». Porque, en efecto, la paz es costosa, como bien señala el filósofo; tanto, que el precio de mantenerla ofrece aún otro incentivo (como si se necesitaran más) para hacer la guerra. A modo de corolario, el poder del dinero –el dinero utilizado para financiar el «coste de la paz»– es un arma muy fiable, más potente incluso que los ejércitos o las alianzas *per se*.

El elevado coste de la paz, según la formulación de Kant, se suscita porque la paz no es un estado natural, al contrario que la guerra. El belicismo es el *status naturalis* de la humanidad, su condición innata, especialmente entre las clases gobernantes: «El estado natural [del género humano] es la guerra. Esto no significa que haya siempre hostilidades abiertas, pero sí, al menos, una constante amenaza de conflicto.» Así pues, frente a la inmutable, universal y sempiterna amenaza de la guerra, Kant reclama la instauración de una sociedad de naciones: no una transformación ilustrada del carácter humano, ni un utópico Estado mundial que fomente la paz, ni tan siquiera una alianza internacional bienintencionada con intereses y beneficios compartidos, sino más bien un «sucedáneo negativo de alianza» que pudiera, en el mejor de los casos, paliar las situaciones más graves y ayudar a prevenir los horrores de la guerra. Por consiguiente, el «dulce sueño» de Kant contiene en realidad muy poca dulzura; el autor no sueña con un retorno, ni con el restablecimiento de una unidad resquebrajada, ni menos aún con la recuperación de un paraíso perdido, sino que se trata más que nada de conjurar una pesadilla.

Conjurar pesadillas… Este mismo deseo subyacía al impulso que promovió la construcción de la sede de las Naciones Unidas, aquella mañana de septiembre de 1947, en el barrio neoyorquino de Turtle Bay. El «dulce sueño» personal de Le Corbusier de mejorar el alma humana por medio de una nueva arquitectura data de 1927, no de 1947; desde una perspectiva más bien histórica, el edificio de las Naciones Unidas no es tanto un ejemplo de arquitectura ilustrada como de «arquitectura del desastre», una mole con unos cimientos conceptuales anclados profundamente en los naufragios acumulados a través de la historia. A decir verdad, como el arca de Noé o la torre de Babel, la sede de las Naciones Unidas podría llegar a erigirse en un icono arquitectónico, aunque de forma indirecta, de las calamidades de la tierra –calamidades que, en su tiempo, no pertenecían necesariamente al pasado. Y es que, si bien desde la perspectiva actual 1947 se ve con toda justicia como un período de posguerra, en la época el prefijo «post» podría haberse convertido fácilmente en «pre». Sí, las pesadillas feroces del holocausto y la segunda guerra mundial finalmente habían terminado (aunque los escombros todavía humeaban por todas partes y por todas partes la gente pasaba hambre entre los escombros). Pero las peores pesadillas son aquellas en las que quien las sueña se despierta inmerso en una nueva pesadilla, y en 1947 la amenaza de un holocausto más atroz se cernía sobre la humanidad, no en forma de una tercera (o cuarta, o quinta) guerra mundial, sino más bien como una única conflagración del «fin de los tiempos», como la mutua e irreversible destrucción de un Apocalipsis nuclear. Pese a los numerosos hechos trascendentes acontecidos en aquel año memorable, lo que revestía mayor trascendencia en esos momentos no era lo que entonces pasaba o que había pasado, sino lo que aún podía pasar y lo que podría haber pasado.

•••••

U.N(inverse), de Txuspo Poyo, toma como punto de partida el centro de las Naciones Unidas y lo somete a un estudio intenso, lírico, vital y con sentimiento. Al igual que casi toda la obra de este artista, *U.N(inverse)* tiene su origen en un enfoque conceptual de la historia que es tan apasionado como lograda es la ejecución última del trabajo. Sin embargo, bajo la multitud de referencias –culturales, históricas, sociopolíticas, cinematográficas y artísticas–, y más allá del deleite palpable de su autor por explorar fílmicamente el icono cultural y sus atributos, el auténtico eje de la producción *U.N(inverse)* –como también del resto de obras de Poyo basadas en parámetros históricos– no es el pasado en cuanto tal sino sobre todo el presente, nuestro presente. Como un prisma que separa y, de ese modo, revela las bandas de color que componen la luz de nuestro entorno, en la pieza de Poyo esos iconos culturales y atributos del pasado sirven de lente óptica a través de la cual se pueden aislar y en consecuencia percibir los esquivos componentes de la cultura que nos rodea y forja nuestra identidad, y de la que no solo participamos, sino que en realidad contribuimos a crear.

Esta manera de hacer arte equivale al ejercicio de cierto tipo de historia. Así, el artista deviene historiador, y además un historiador en el sentido que –tomando explícitamente como *su* punto de partida los escasos escritos sobre la política de Kant, entre ellos «La paz perpetua»– con tanta vehemencia propugnó y practicó Hannah Arendt: no historiador como archivero (a diferencia de ciertas tendencias actuales), ni historiador como cronista o narrador, ni tampoco necesariamente historiador como testigo, sino, en suma, historiador como juez en la acepción kantiana de aquél que ejercita conscientemente la imprescindible facultad mental del juicio… Y lo hace de un modo inequívoco en el presente, al que, pese a sus insistentes afirmaciones de lo contrario, se adscribe siempre la historia. Tal y como recalcó Arendt, el juicio –ya sea una cuestión de preferencias estéticas o de conciencia moral, el ejercicio es esencialmente lo mismo– se ocupa de asuntos concretos, no de abstracciones; y aunque esté dirigido necesariamente hacia el pasado, necesariamente opera desde y en el presente. Allí donde Walter Benjamin, compañero de Arendt y más proclive que ella al liricismo, podría vislumbrar un ángel de la historia proyectado a las alturas, por encima de la devastación del pasado, para mirar hacia el futuro, Arendt –que a diferencia de Benjamin sobrevivió a las calamidades del siglo, y cuyo testimonio y análisis influyeron grandemente en nuestra comprensión de las mismas– se mantiene firmemente arraigada en la actualidad y en la vigente obligación de los individuos de juzgar tales sucesos. En el epílogo de *El pensamiento*, el primer volumen de *La vida del espíritu*, la autora alemana escribió: «Si el juicio es nuestra facultad para abordar el pasado, el historiador es el hombre inquisitivo que, al relatarlo, lo enjuicia. Si esto es así, podemos reivindicar nuestra dignidad humana, arrebatársela, por expresarlo de algún modo, a la seudodivinidad llamada Historia de la edad moderna, sin obviar la importancia de la historia pero negando su derecho a ser el juez supremo».

•••••

U.N(inverse) emite precisamente esta clase de juicio. Por un lado, la obra funciona como estudio de corte historicista y vagamente iconoclasta de la sede de las Naciones Unidas, incluyendo entre otras referencias una grabación de la chisporroteante voz de Eleanor Roosevelt recitando la Declaración Universal de los Derechos Humanos e imágenes fugaces y etéreas del tapiz de *Guernica* que se cuelga en las Naciones Unidas. Pero al mismo tiempo, y justamente a través de tales referencias y técnicas, *U.N(inverse)* evoca inevitablemente en la memoria del espectador actual un icono arquitectónico estilísticamente afín –las torres del World Trade Center– y el acto a todas luces iconoclasta de la destrucción de aquellos edificios, con la consiguiente matanza de miles de personas que se ha grabado en la memoria colectiva de una época entera.

Pero calamidades suelen venir una tras otra – o, más cínicamente, se suele hacer que vienen una tras otra. En una manera paralela, *U.N(inverse)* conjuga hábilmente no solamente sus referencia sino también sus evocaciones: es sin ninguna duda en esta habilidad donde reside gran parte del éxito, tanto estético como moral, de la obra. Como resultado, para la mente del observador de hoy –una vez más, el trabajo de Poyo se concentra sobre todo en el *presente*–, es imposible no recordar los acontecimientos que se produjeron en la sesión plenaria del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas celebrada en febrero de 2003. Es imposible no recordar al general Colin Powell plantado en ese mismo espacio, el espacio que forma el centro de *U.N(inverse)*. Plantado ante los ojos del mundo y farfullando una presentación torpe, vergonzosamente *amateur*, con gráficos mal hechos e imágenes caricaturescas generadas por ordenador. Plantado antes los ojos del mundo y desencadenando una serie de sucesos trágicos que aún hoy no han llegado, ni han llegado cerca de su fin. … Plantado ante los ojos del mundo y mintiendo… Plantado ante el mundo y llamando a la guerra.

Fue aquel un día profundamente calamitoso para las Naciones Unidas. Pero *U.N(inverse)* en respuesta ofrece un ejemplo de cómo se puede abordar el pasado reciente precísamante para enjuiciarla y así reivindicar nuestra dignidad humana, tal y como reclamó Arendt. En esto la obra de Poyo es igual de ejemplar como urgente. Porque puede que no haya otra forma de evitar que las Naciones Unidas y el sueño que las engendró terminasen en los escombros de la historia de la arquitectura del desastre.